

EL NACIONALISMO HISTORICO

MARIO BARROS VAN BUREN
Academia Diplomática de Chile

I. LA CONCEPCIÓN BÁSICA

Karl Deutsch definió el nacionalismo como “una idea en que la suprema lealtad del individuo va dirigida al Estado-Nación”. Es decir, a su pueblo como realidad sensible; a la organización política que lo rige y al territorio que ocupa. Si aceptáramos esta definición tal como ha sido formulada nos encontraríamos con que el nacionalismo es casi consubstancial con el alma humana e inspira uno de los sentimientos más espontáneos del hombre: amar a la tierra que le vio nacer, que le da el pan y el reposo eterno; respetar las tradiciones e identificarse con el espíritu de los demás seres humanos que habitan ese territorio; obedecer a las mismas autoridades y ceñirse a las leyes comunes. Este sentimiento, después del amor a los padres, es un fenómeno que nace con la familia y se proyecta a través del tiempo hasta convertirse en el sentimiento cívico que conocemos hoy.

Básicamente, el nacionalismo es el amor a lo que, espiritualmente, consideramos propio. Si este concepto se aplica a una sociedad humana, el nacionalismo viene a ser el amor a lo que creemos que esa colectividad ha creado en común a lo largo del tiempo y que le hace formar una identidad diferente a otras agrupaciones humanas. Históricamente nace de la “limitación afectiva” del ser humano. Es decir, de la incapacidad del hombre para amar a todos los hombres y a toda la tierra, si no es a través de una abstracción superior, como el concepto de Dios, de “amor al prójimo” o el de “humanidad”, lo que exige ya la aparición de una cultura elaborada y universalista y, dentro de ella, de una religión.

En un principio, el ser humano no deriva este amor ni de la tierra ni del medio que lo envuelve. Los lazos de sangre le harán amar a los suyos, en los que verá una dependencia afectiva y una cierta unidad de sentimientos. Estos estímulos, más la necesidad de la defensa, le incitarán a la unión con

otros hombres, a los cuales les moverán necesidades y objetivos similares. Surgirá así el clan y luego la tribu.

La tribu excede la unidad sanguínea o territorial. Aparece la identidad totémica del grupo; es decir, los seres se unen porque todos creen en lo mismo, aunque ya no sean necesariamente consanguíneos. Este es el embrión espiritual que, más adelante, unirá a las tribus a un destino común para dar origen a la idea de “pueblo”, “patria” y, posteriormente, “Estado”.

La identidad del amor a lo propio con el suelo es muy posterior. Exige el término del nomadismo y la aparición, aunque sea primaria, de la agricultura. Esta no es aquí tan sólo el cultivo de la tierra, sino también la cría del ganado, la posesión del agua y la exclusividad de la caza. La satisfacción de estas necesidades en un área más o menos determinada obligará al hombre a defenderla y, al elevar su desarrollo cerebral, a amarla.

Es muy importante recordar estos tres aspectos básicos del nacionalismo primitivo —sangre, objetivos, tierra—, pues sobre ellos se ha de construir, siglo tras siglo, todo el sistema participativo de la sociedad humana. Con numerosas alternativas, los lazos de la sangre, de la actividad común y de la tierra, buscaron sus cauces naturales de manifestación, a cualquier nivel, y si bien en las épocas de los grandes absolutismos políticos parecieron desaparecer, la historia demostró que seguían siendo los canales más orgánicos de la conducta social del hombre, aun cuando la Revolución Francesa introdujo un elemento excluyente —la ideología— en el esquema participativo del siglo XVIII.

En los tiempos primitivos, el nacionalismo, que aún es una especie de localismo de tipo étnico-económico, siente el arraigo de la tierra que le es propia, en cuanto ella satisface sus necesidades, pero buscará, también, otro tipo de nexo común, cuando el suelo se agote o se muestre ingrato. El primero de estos tipos será la sangre. La tribu, generalmente totémica, dará el gran salto hacia la concepción del “pueblo”, buscando en otras tribus características comunes, como el idioma, la raza, la religión, las necesidades y los objetivos. Los pueblos nórdicos, ferozmente individualistas, que no reconocían más “patria” que el área que rodeaba una enseada, donde habitaban dos o tres familias, sus barcos y animales, reconocían, sin embargo, la identidad “nacional” con todo el pueblo nórdico, cuando se planteaban empresas mayores, en que eran precisos más barcos y más

hombres de los que cada enseñada poseía. Surgía de golpe un vínculo afectivo, subyacente y muy fuerte, capaz de anular al individualismo de la tribu y convertir al pueblo en una nación en marcha.

La idea de “patria” (tierra de los padres) es una abstracción superior y aparece con las grandes culturas orientales. Se ha creído ver en el concepto una prioridad exclusivamente étnica. La historia nos ha demostrado que no es así. La conciencia étnica pudo operar —y de hecho lo hizo— como un instrumento de poder, dentro de la misma unidad política, pero no era la sangre sino el suelo el que determinaba la unidad nacional. Egipto fue “patria” para sus habitantes, con docenas de pueblos étnicamente diferenciados, conviviendo en el mismo territorio, sin que el concepto mismo se viese afectado si el dominio del Estado lo tenía una raza u otra. Eso es lo que explica (y es interesante observar el fenómeno en la historia de otros pueblos, aun hoy), que el país presenciara las más brutales luchas civiles sin que el concepto de patria se viese resentido. Lo mismo se puede decir de los asirios, de los indostánicos y, más tarde y con algunas variaciones, de los griegos.

Con la entrada en escena de los pueblos semitas, vemos aparecer una etapa superior del concepto. La “patria” ya no será el suelo donde se está y se progresa. Es también la tierra de los mayores, donde habita un poder superior al hombre, una especie de “espíritu nacional”, sin el cual el simple lazo de la sangre y el simple lazo de la tierra están incompletos. Esto es muy fuerte en la historia del pueblo fenicio y será el instrumento de unidad que Mahoma ofrecerá a los árabes. Con los semitas habrá nacido un “nacionalismo metafísico”, a veces religioso, a veces étnico, a veces territorial, pero siempre basado en ideales y objetivos superiores a los de la mera sensualidad del paisaje o del simbolismo.

El caso judío merece un párrafo aparte porque en ningún pueblo de la historia humana el nacionalismo ha tenido un sentido más integral y excluyente. Para un judío, por el hecho de ser semita, el nacionalismo es un concepto metafísico que excede en mucho lo territorial. Pero a esto le añade dos elementos que no se dan en ningún otro pueblo: la identificación total de Dios con esa nacionalidad y la simbolización de esta alianza en un pedazo de suelo determinado, donde puede habitarse o no, pero que debe permanecer judío. Este es Israel, la tierra prometida. A lo largo de todo el Antiguo Testamento, el gran Dios creador del Universo y de todos los hombres, es un Dios judío. Vela por su pueblo, lo castiga, lo diezma, lo

premia, lo bendice, lo regula. Habla con él. Le señala deberes, rutas y misiones. No le abandona. Pero, al mismo tiempo, le radica físicamente en un trozo de suelo-símbolo, donde la fe, la historia, las tradiciones, la sangre y la voluntad política se unen en un solo haz para crear una concepción nacional absolutamente integral.

Para un fenicio, para un samaritano, para un árabe, todos semitas, la nación será el pueblo todo, habite o no el mismo territorio. Para un fenicio, tan patria será Cartago, Cartagena, Sidón o Tiro. Para un judío no hay más patria que Israel. Y hará de esta aspiración —o posesión— una empresa nacional a través de setenta siglos. Es aquí y no en otra parte donde debe buscarse la eterna desconfianza que el pueblo despertó en todos los demás pueblos del orbe, desconfianza que muchas veces se transformó en odio, en temor y en violencia. Los hebreos siempre tuvieron un concepto mucho más elaborado de la unidad nacional. La radicarón en Dios y de El derivaron una alianza exclusiva con ellos —“el pueblo escogido”— y la tradujeron simbólicamente en una tierra propia —Israel— donde no caben todos físicamente, pero donde todos convergen y habitan en espíritu.

Sin embargo, el carácter metafísico del nacionalismo semita es lo que les creó una mentalidad universal. No es mera coincidencia que de las cuatro grandes religiones de la humanidad, tres hayan sido fundadas por semitas —Moisés, Jesús y Mahoma— y la cuarta —el Budismo— no es propiamente una religión, sino una forma de vida y una filosofía de convivencia que responde estrechamente a las tradiciones orientales. Y en cuanto a las ideas políticas no religiosas, es interesante advertir que la más fuerte y extendida de las doctrinas contemporáneas, el comunismo marxista, es una creación semita, sistematizada por la concepción universal de dos judíos alemanes.

La concepción semita representó, en su tiempo, una enorme novedad sobre los nacionalismos de tipo telúrico. Pero no adquirió un poder político sino hasta la identificación de un pueblo con un Estado. El territorio, antes determinante para la idea de nación, pasó a ser sólo uno de sus componentes. Para un romano, la “patria” no era el Lacio sino Roma. Y la ciudad era un símbolo nacional, no como centro urbano, sino como representación de las grandezas del Estado y de la pureza de sus instituciones, de sus leyes y de sus tradiciones. El suelo de la “civis” pasa a ser sagrado. Rómulo mata a Remo, no por atacar una ciudad construida, sino por saltar sobre un surco de arado, que, a su vez, es un símbolo.

Por eso es que el romano no tiene un concepto racista sino espiritual de su patria. Donde él lograba crear otras Romas, creaba otras patrias. La romanización de Europa está basada en esta idea. La patria es la tierra donde nacen los padres, donde yacen sus espíritus y con ellos, sus sistemas de vida y sus tradiciones. Cuando los dioses de las mitologías griega y romana desaparecieron del corazón de los romanizados, todavía sobrevivieron por siglos “los lares” y “los penates”, que eran los espíritus del hogar. La “slava” de los balcánicos y los “santos patronos familiares” de los latinos, no fueron sino adaptaciones de los dioses caseros al cristianismo.

La persistencia del espíritu familiar, con sus derivaciones cívicas, es lo que dió a la cultura y a la expansión romana un carácter interracial y ecuménico, capaz de extenderse por toda la tierra conocida, sin perder su acentuada personalidad. Para un romano la patria no era sensible. Era un concepto. Un concepto que podía ser simbolizado sensiblemente, pero jamás perdía su carácter de tal.

II. LA IDEA NACIONAL EN LA CONQUISTA DE AMÉRICA

Esto es interesante observarlo de cerca porque nos afecta directamente a los americanos y, muy en especial, a los chilenos. Toda la conquista de América estuvo presidida por un concepto místico-guerrero que recuerda estrechamente a la expansión romana. El conquistador español, más que una idea territorial de la patria, transportaba una concepción espiritual, en la que la lengua, la fe y la sublimación del poder real, constituían los pilares de su visión política, los que, además, debían nacer y renacer mil veces donde asentara sus reales y diera vida a un nuevo pueblo.

El conquistador español es un producto de la Reconquista peninsular y de la guerra contra el musulmán. Y digo musulmán y no árabe, porque la guerra fue religiosa y no territorial. Dos pueblos conductores, el goda por un lado y el árabe por el otro, luchan entre sí por imponer formas de fe y de cultura que son contrapuestas. Pero la Reconquista es, también, la lucha de ambos grupos por ganarse a las masas mayoritarias de la Península, cuya conducta, en los ocho siglos de guerra, es ambigua e indecisa, porque depende fundamentalmente de las concesiones que cada bando ofrezca a la forma de ser de este pueblo, que no es ni goda ni semita.

El ibero es un norafricano romanizado. Fue aliado del árabe a la oligarquía germánica que lo dominaba, cuando las tropas musulmanas

invadieron la Península en el año 711. Y lo seguirá siendo, mientras se le respete su concepción localista de la nacionalidad y su religión, que es el cristianismo romano. Pero en el siglo XIII, cuando se predique en Europa "el espíritu de la Cruzada", el iberorromano reconocerá por bandera la de la Cristianidad, y bajo ella aceptará a cualquier pueblo que quiera pelear contra el Islam.

Es por ello que el nacionalismo, como factor territorial no aparece claro en la Reconquista española hasta la aparición de los Trastámara y, específicamente, de Isabel de Castilla, que es la primera a quien le conocemos una concepción moderna del Estado y una orientación estratégica y geopolítica de la Península y del África del Norte como zona de seguridad. Por eso no debe asombrarnos que España no es territorialmente una nación, tal como la concebimos hoy, hasta tres meses después del descubrimiento de América, es decir, hasta la caída de Granada, en 1493 y, desde el punto de vista político, hasta el advenimiento de Carlos I, en 1520, cuando todos los reinos peninsulares pasan a ser regidos por un solo cetro.

El conquistador español en América es un producto de esta mentalidad. Su empresa puede tener, como toda obra humana, estímulos de oro, gloria y poder, pero, por encima de todo esto, hay un incentivo ancestral, que fluye muy claro del epistolario de la época, de ir creando "Españas" donde quiera asiente su planta, yerga una cruz, fecunde a una india o dicte una ley. En cierta forma, la "patria" va con él, La religión le proporciona los "penates" hogareños y el impulso de los ocho siglos de la Reconquista española, que es el peso de 25 generaciones de antepasados, le permite ir creando almárgicos de hispanidad e ir repitiendo, sin quererlo, la obra maternal de Roma.

El suelo americano introduce en este proceso una fuerza telúrica de gran poder y una variedad sanguínea que, decantada más tarde por el mestizaje y las adaptaciones psicológicas, producirán las "patrias" iberoamericanas. Pese a la diversidad, es interesante observar en ellas la unidad de las fuerzas-madres (lengua, religión y centralización política) que, más que la "raza" como tal, que nunca tuvo homogeneidad continental, habían de crear una personalidad propia en el ámbito internacional.

Siempre he pensado que en este punto está la clave de la ahora llamada "personalidad histórica de América", cuya actualidad —y aun, urgencia— es evidente. Por años se nos habló de la "raza" hispanoamericana, desdeñando las diferencias somáticas de peninsulares e indígenas que

convertían a los mestizos en un caleidoscopio de sangres y psicologías. En cambio se nos habló poco del papel unificador de las fuerzas-madres de la Conquista y de la Pacificación y que hicieron del idioma castellano, de la fe católica y de la monarquía centralizadora, el gran manto de unidad de las mil razas americanas y peninsulares.

Es importante, a mi juicio, otorgar a la idea ecuménica del nacionalismo místico-guerrero del conquistador un lugar precursor en el pensamiento político contemporáneo. El español ama a su patria peninsular y se debe a ella, un poco porque es el lugar donde nació y un mucho porque representa una misión espiritual, no siempre bien definida pero cuya presencia le es constante, en que la espada es un medio y un símbolo. No tendrá, sin embargo, una concepción política de España sino a través del monarca, porque en la propia Península no existe aún un Estado Nacional bien elaborado y que se haya hecho conciencia popular. Eso vendrá más tarde. El conquistador lucha y actúa en nombre de una España-concepto, que es deber y misión y no raza, por la cual es capaz de dar la vida. De ahí se desprende la rapidez con que se aclimata y aquerencia en América, la escasa cantidad de conquistadores que regresan a España y la ausencia de nostalgia que se advierte en la copiosa correspondencia de la época.

Por ello es que, cuando el conquistador y sus descendientes necesiten afirmar su concepción metafísica de la patria en una realidad sensible, ésta será América, y tal como su antepasado romano, convertirá a la tierra descubierta en suelo patrio, dejando para la lejana península la nobilísima misión de inspirar los valores permanentes y unificadores del Imperio. El amor a la Península, como concepción universal de la empresa civilizadora y fundacional, será la patria metafísica. El amor al terruño conquistado con sudor y sangre será la patria telúrica y ésta, la base creadora de todo el proceso posterior.

III. EL CONCEPTO NACIONAL EN LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Dijimos que el nacionalismo primitivo consistió, fundamentalmente, en amar a la tierra que nos vio nacer y que, generalmente, era la de nuestros antepasados; sentirnos integrados en un grupo humano que compartiera con nosotros ese mismo amor telúrico; respetar las tradiciones, leyes y autoridades del grupo; y reconocer un destino común.

Pero el nacionalismo, como concepción política, es mucho más elabo-

rado que eso. Y no lo vemos aparecer en la historia hasta el siglo XVIII. Su planteamiento es una convergencia de sentimientos políticos concretos y del desarrollo de escuelas filosóficas, en gran parte derivadas del humanismo del siglo XV y de los violentos debates de la Reforma. Su incubación fue lenta y académica. Pero en el siglo XVIII, acicateado por una serie de acontecimientos socioeconómicos, irrumpe como un huracán en la vida europea, provocando una transformación profunda en los individuos, en la sociedad, en las mentalidades y hasta en la vida internacional. No exagera Toynbee al decir que "el nacionalismo es, sino el más grande, por lo menos uno de los más poderosos incentivos de la conducta humana en la historia contemporánea".

Como concepción política, el nacionalismo es casi exclusivamente un producto occidental y europeo; y su aparición en la América del Norte es la derivación natural de esta característica. Sus grandes explosiones prácticas son, sin duda, la Revolución de las trece colonias norteamericanas (1776) y la Revolución Francesa (1789). La primera tiene un pensamiento político más elaborado, si bien no podemos decir que su "praxis" correspondió exactamente a él. La segunda, con tener un planteamiento filosófico largo y profundo, lo subordinó a la acción. Sin embargo, ambos tuvieron una característica común y fue la tendencia a expandirse. Napoleón desparamó por toda Europa el nacionalismo francés y Estados Unidos se encargó de hacer lo mismo por la América española.

La gran característica del nacionalismo emanado de estas revoluciones fue la voluntad de identificar al pueblo con el concepto de nación y de ésta con la de Estado. Antes del siglo XVIII, las tareas colectivas, en cualquier forma que se concibieran, eran empresas del Estado, fuese éste un monarca, una dinastía o una alianza de coronas. Bastaba esta voluntad para que pueblos heterogéneos las hicieran suyas. Y el que el pueblo no la hiciera suyas, tampoco era un factor determinante para no emprenderlas. Así fue como el mundo vio empresas históricas surgidas en torno a los absolutismos de Carlos V, Felipe II, Enrique VIII, Francisco I, Luis XIV, Carlos XII de Suecia, Pedro el Grande y muchos otros, que en gran medida, conmovieron y sublimaron sentimientos nacionales, pero que no representaron para nada una afirmación nacionalista.

En cambio el nacionalismo del siglo XVIII creó el concepto de "la tarea nacional". La guerra, la paz, la expansión, el aislamiento, la victoria, la

derrota, fueron problemas de todos y cada uno de los habitantes de una nación. Y no de otra, aunque tuviese los mismos problemas.

El siglo XVIII planteó la idea de que cada pueblo, con sus tradiciones, su religión, su idioma y su raza debía formar una individualidad social y esta unidad debía organizarse políticamente. Esto significaba que todo pueblo debía tener un suelo propio y de esta comunión debía surgir un Estado. El siglo XVIII creía, además, que este Estado-pueblo tenía una tarea especial, con destinos y objetivos determinados y que la historia le tomaría cuenta como tal Estado, y no como individuos separados.

Para el pensamiento humano esto representaba una novedad. Griegos y romanos identificaron al Estado con el núcleo urbano. Ni la nacionalidad, ni las leyes, ni las autoridades eran aglutinantes básicas. Roma llegó a crear un Imperio mundial, formado por miles de nacionalidades, y lo convirtió en tributario de una sola ciudad.

La Edad Media trasplantó el concepto unitario a la religión. Se llegó a concebir una "república cristiana universal". La estructura política, atomizada en millones de feudos, contribuyó a hacer descansar la idea de unidad nacional en valores espirituales de carácter universal antes que en las desfallecientes monarquías o en el anarquizado mundo feudal. En este sentido, la creación de los Estados Nacionales y su posterior evolución hacia los absolutismos, no es sino la consecuencia natural de un ordenamiento que exigía consenso religioso, consenso político y consenso cultural. Al desaparecer estos consensos, por la crisis de las instituciones (Inglaterra) o por la Reforma protestante, la idea nacional pueblo-Estado tenía que robustecerse.

El desarrollo económico de ciertas sociedades, la división religiosa y la expansión de las ideas filosóficas de la Ilustración, abren las puertas a una revisión total de estos valores. No hay duda que en este sentido, Cromwell y la Revolución puritana en Inglaterra tienen un lugar precursor. El rey ya no es el epicentro de la nación, ni el conductor inapelable del pueblo. Este último reclama una personalidad propia que quiere —y debe— manifestarse por sí misma.

La Revolución Francesa recogió mucho de la experiencia británica, así como la burguesía inglesa del Setecientos aprendió casi todas sus reacciones nacionales del ejemplo de los Países Bajos. La hegemonía española habría,

por esta misma época, de exacerbar el nacionalismo inglés y de éste habrían de tomar modelo los norteamericanos.

Casi toda la filosofía libertaria del pensamiento humanista europeo fue recogida por la Revolución Puritana y canalizada hacia una expresión nacionalista absolutamente nueva en la mentalidad occidental. Pero este humanismo, manejado por Cromwell y los suyos, repudia de la concepción universalista de Erasmo y prefiere el cauce político de Calvino. La influencia del Antiguo Testamento, propuesta por los reformadores al exaltar la prioridad total de la Biblia como única fuente de fe, es notoria en la literatura y en la fraseología británica de esta época. Pero no como antítesis teológica del Evangelio, sino como exaltación del pueblo de Israel. Inglaterra que ha decapitado a su rey, se cree llamada a una misión redentora, no en cuanto cooperadora de la cristiandad, sino en cuanto portadora exclusiva de la revolución libertaria. Es el pueblo inglés el nuevo elegido de Dios, el nuevo Israel. El mismo Cromwell se identifica con Moisés. John Milton, uno de los más preclaros representantes de este pensamiento, escribió en esos días: "Rodeado de grandes multitudes, me imagino a las naciones del mundo recobrar la libertad que por tanto tiempo habían perdido; y digo que el pueblo de esta isla está llamado a extender las bendiciones de la civilización y de la libertad por todas las ciudades, reinos y naciones".

La explosión nacionalista inglesa fue en su origen religiosa, pero coincidió con la aparición de una poderosa clase media mercantil y de ahí que buscó, por gravitación natural, una forma de expresión política. Esta fue la filosofía de Locke. Se formó entonces un pensamiento integrado a base de política, economía y religión, que influirá decisivamente en la Revolución Norteamericana y la marcará con un sello muy característico.

Thomas Jefferson y Thomas Paine buscaron limar el nacionalismo inglés con un fondo más liberal. Calvino y sus teorías no pudieron cruzar el Atlántico con la misma rapidez con que habían cruzado el Canal de la Mancha. Hay en los principios filosóficos de Filadelfia un mucho del pensamiento de Locke, pero matizado con la emergente influencia de Rousseau.

Juan Jacobo Rousseau había proclamado en Ginebra dos principios que Jefferson hizo suyos aun antes de 1776. El primero es la teoría que el poder político reside en el pueblo, el que puede darlo o quitarlo. Y el

segundo es aquel por el cual el hombre común, bueno por naturaleza, es el depositario natural de la verdad, y por lo tanto, el primero y principal agente de la civilización. Para Rousseau, el hombre común es el hombre del pueblo. Su verdad es la única verdad. Por lo tanto, es preciso buscar la expresión política de ese hombre a través de lo que le es propio: el territorio, la raza, su fe simplificada (y a veces, localista), sus costumbres, su arte. Ha nacido así un nacionalismo instintivo, a veces telúrico, que brota de la herencia o de la sensualidad del paisaje y de las costumbres. A veces, simbolista. Sin embargo, será el telúrico el más propiamente rousseauiano. Y éste nacionalismo será el que Herder volcará sobre las juventudes alemanas, cantando al instinto y al naturalismo irracional.

Lo curioso es que, también derivándola de Rousseau, los revolucionarios franceses llegaron a la conclusión contraria: el nacionalismo, para ellos, era un producto de la razón. No emanaba de sentimiento ni de instinto alguno. Era el libre albedrío del hombre el que lo llevaba a librarse de los tiranos y a decidir por sí mismo la formación de su propio Estado. La Revolución de 1789 lanzó al mundo principios generales que podían ser buenos para cualquier pueblo, pero, al mismo tiempo, anunció que el francés, por libre determinación, los hacía suyos y que creaba un sentimiento de unidad nacional en torno a ellos. Al principio, esta filosofía será, curiosamente, defensiva. Con la aparición de Bonaparte, el nacionalismo francés, con toda su carga filosófica y emocional, se convertirá en expansivo.

La forma restringida y marcada prioritariamente por la gloria militar que Napoleón le dio al nacionalismo francés, es la que determinó en buena medida al nacionalismo hispanoamericano. No hay que olvidar que este último es un hijo por reacción del anterior, puesto que el movimiento emancipador de nuestro Continente se inicia con la invasión de Napoleón a la Península Ibérica. La lucha armada contra Francia en Europa y la guerra civil de la independencia en América, impidieron que el humanismo de Jefferson tuviera mayor difusión. Tampoco era posible concebirlo en la tormenta pasional que siguió a la lucha emancipadora. Surgió, entonces, una nacionalismo telúrico, casi físico, y que, por lo mismo, era muy vulnerable a los liderazgos y seducciones demagógicos y ocasionales.

La Revolución liberal de 1848 en Europa, que es una reedición lírica de la Revolución Francesa, pero a nivel continental, fue una revolución nacionalista. No sólo quiso limitar el poder absoluto de los reyes, sino

permitir a las nacionalidades europeas decidir por su propia voluntad su identidad política. El romanticismo alemán, más que ningún otro, se identificó con este pensamiento. Casi todos los grandes románticos de la Europa de medio siglo son o se sienten apóstoles de la autodeterminación de los pueblos: Chopin y su tierra polaca; Lord Byron y la libertad de Grecia; Schiller y Heine ante la raza alemana.

Napoleón III deseó ser el adalid de esta corriente. Entre 1859 y 1870 luchó por la unificación de Italia, la independencia del pueblo rumano y, aunque no lo quiso así, su propia derrota en este último año fue el aglutinante decisivo de los pueblos germánicos. Y, a través de la idea de Bismarck, el ejemplo cundió incontenible por toda Europa, con o sin éxito.

El sentimiento de identificación pueblo-suelo-Estado se convirtió en una angustiada pugna de todas las nacionalidades europeas a lo largo del siglo XIX hasta su crisis en 1914. Ni aun el auge del imperialismo político e industrial que caracteriza a la era, pudo aplastar este anhelo. Berlín hablaba de una "Paz Germánica", Londres de una "Paz Británica", pero no eran empresas nacionales que satisficieran a las nacionalidades menores. En este sentido, los imperios decimonónicos recordaban más las "empresas" de los absolutismos antes que la identidad nacional que soñó el humanismo liberal de 1848.

En 1919, de entre el destrozado mundo de la Primera Guerra Mundial, surge un hombre que cree en estos principios. Es un idealista norteamericano, en la vieja corriente de Jefferson y Monroe. Se llama Woodrow Wilson. Al igual que Roosevelt, treinta años más tarde, cree que los hechos y las realidades pueden torcerse en aras de un ideal.

Su esfuerzo por la autodeterminación de las nacionalidades fue noble pero la realidad europea de cinco siglos no permitió que fuera completa. A la sombra del Tratado de Versalles, el nacionalismo avanzó incontenible. En ocasiones, fue la simple expresión política de las nacionalidades (Yugoslavia, Polonia, Hungría, Checoslovaquia); en otras, tuvo un contenido progresista, basado en la renovación total de las estructuras (Turquía, China); en casos determinados fue el endurecimiento de una lucha secular (La India, Egipto). Pero el problema resultó mucho más complejo de lo que jamás pudo imaginar Wilson. Por no herir a las potencias vencedoras, muchos nacionalismos africanos no pudieron manifestarse. Inglaterra no permitió que se autodeterminaran los judíos y los irlandeses. Nacionalida-

des hubo que salieron de un imperialismo para caer en otro, como los croatas, los eslovenos, los armenios, los eslovacos. En la visión contraria, hubo nacionalismos que sólo ansiaban unirse al pueblo madre y que fueron forzados a aceptar la independencia, como es el caso de los Estados Bálticos y la madre-Prusia y el de la masa sudete. Y hubo nacionalismos que por gravitación histórica, ya no era concebible que se separaran de una unidad nacional de muchos siglos, como el caso de los bretones, los corsos, los escoceses, los catalanes y los vascos.

Pero esto no era en realidad lo más grave. Toda la paz del equilibrio diseñada por Metternich en 1815 y robustecida por Bismarck en 1870, quedó trizada. La variedad de pequeños países surgidos de Versalles y la desaparición de los grandes imperios continentales, como Alemania y Austria, crearon un vacío de poder que era una verdadera amenaza para la paz. Y, además de esto, había surgido una potencia ideológica que si bien decía que no creía en las patrias, habría de vitalizar el viejo nacionalismo ruso con una doctrina internacional cuya prédica fácil y disolvente iba a convertirla casi en una nueva religión: la Unión Soviética.

Si bien es cierto que la Revolución Comunista de 1917 marcó el fin del nacionalismo ruso imperial, no lo es menos que Lenin lanzó una ardorosa campaña para excitar el nacionalismo africano y asiático y aun el europeo, como una forma de minar por dentro los viejos imperios. La patria soviética que decía creer en las clases y no en las naciones, se cuidó enormemente de hacer de cada caso un estudio especial. Fomentó el patriotismo cuando esta política le convino; y atizó las luchas raciales cuando esto fue rentable. Pero debió también pagar un precio doctrinario: su propio nacionalismo, exacerbado por la guerra contra el ejército "blanco" en 1920 y por la invasión alemana de 1914, hizo de la URSS. un imperio más, acaso más duro y orgulloso que el de Pedro y Catalina.

La interguerra dio nacimiento a un tipo de nacionalismo que estudiaremos más adelante porque reviste una especial complejidad. Nos referimos a las diferentes formas de fascismo. Aquí se excedió la vieja alianza pueblo-suelo-Estado. Se fue más allá. Se quiso revisar el sistema participativo del hombre en la sociedad. Se quiso revitalizar el concepto de lo heroico. Se dio a la violencia política una nivelación política y más aún, revolucionaria, que recordaba la explosión liberal de 1848, a través de la veta romántica. Se creyó en el "destino" de los pueblos. Se despreció a la democracia liberal y al capitalismo. Se odió al marxismo. Se creyó en valores como el

mando, la jerarquía, la disciplina, el servicio y la renuncia de la vida. Se identificó la patria con el Estado y se dijo que el Estado no era una emanación del pueblo, sino que era el pueblo mismo institucionalizado.

Por eso es que al triunfar esta nueva forma de nacionalismo, los Estados que lo habían adoptado se apresuraron a repudiar del término, porque los nacionalismos menores eran fuerzas secesionistas, fácilmente infiltrables por los imperialismos extranjeros. La unidad nacional daba a los nacionalismos locales un carácter de bastardía y de traición.

Es evidente que en un continente como Europa, con cientos de nacionalidades, el sentido de un Estado moderno y su identificación con un territorio histórico tenía que chocar contra los localismos fieramente enraizados. Los planes de Hitler de unificar a los alemanes y dar rienda suelta a las demás nacionalidades (curiosa coincidencia con Wilson), si hubieran triunfado, habrían producido la atomización de Europa, lo que por un lado habría satisfecho a numerosas aspiraciones nacionales desde el Báltico hasta Gibraltar, pero por otro habría hecho retroceder el mapa político europeo a la etapa anterior al Congreso de Viena, con toda su inestabilidad, rencor y desconfianza.

El nacionalismo que surge de la primera post-guerra, en 1919, no es liberal y mucho menos democrático y constitucionalista, como lo había sido el de 1848. Esto debe explicarse, tal vez, porque las grandes banderas libertarias del siglo XIX ya se habían envejecido, muchos anhelos de esos años estaban cumplidos y las promesas de Wilson ofrecían satisfacer el deseo de autodeterminación de los pueblos. En cambio habían aparecido estímulos nuevos que era preciso atender: entre ellos cabía mencionar el quiebre de la concepción política de tipo imperial, por lo menos en tres de las grandes dinastías del continente y el consiguiente vacío de poder que esto significaba para la paz europea. En segundo lugar, la aparición del comunismo ruso, no ya como la doctrina social y económica de unos cuantos teóricos, sino como la política exterior de un gobierno concreto que, además, estaba perfectamente decidido a aplicarla. En tercer lugar, la crisis participativa de la post-guerra, que ignoró las grandes lecciones de la revolución industrial y siguió negando a las organizaciones laborales el derecho a decidir por sí mismas el planteamiento de sus problemas ante el capital y el Estado. La ceguera de la democracia liberal y parlamentaria para recoger la inquietud de las masas trabajadoras, ahora reforzadas por la desmovilización de más de 38 millones de ex combatientes, iba a determi-

nar, con más fuerza que otros elementos, el viraje ideológico del nacionalismo europeo.

Las burguesías del Viejo Mundo no aprendieron nada, ni de la victoria ni de la derrota. Algunas intentaron resucitar, por encima de sesenta millones de cadáveres y de una generación destrozada, los mismos esquemas de la era industrial, con una aristocracia dueña de la economía y una masocracia intelectual, patrona absoluta de la política. Y como sistema, el viejo juego liberal de los partidos, los parlamentos controlados por ellos una política económica lo más liberal posible. Otras quisieron armonizar con los nuevos tiempos, estudiando reformas que satisficieran a las grandes urgencias de las masas trabajadoras, pero sin ceder en los principios básicos de liberalismo clásico. La burguesía europea desconfió profundamente de un orden, de una jerarquía y de una disciplina social que no pudiese controlar ella misma. Esta fue su tragedia.

Los grandes problemas de la post-guerra de 1919 se le escaparon de las manos. En lo político, no logró entender la nueva aspiración democrática de las masas rebeladas por su protagonismo en la guerra. Esto fue particularmente serio en Inglaterra. En lo participativo, fue incapaz de evolucionar sobre la vieja mecánica liberal de los partidos, los parlamentos políticos y el sufragio universal, sistemas que aparecían como incapaces de enfrentar la pavorosa crisis de la desmovilización. En lo diplomático, la burguesía europea demostró no comprender absolutamente las verdaderas causas de la guerra y confió sus esperanzas a una fórmula idealista creada por un norteamericano lleno de buenos sentimientos, pero que pareció ignorar la relación de fuerzas de los pueblos de Europa y el hábil sistema estabilizador creado por el Congreso de Viena sobre los equilibrios de poderes.

Se ha dicho, más de una vez, que los fascismos de interguerra fueron la respuesta que las burguesías europeas atemorizadas encontraron para hacer frente a la amenaza comunista. Es decir, una solución social que respetara la propiedad privada, las estructuras sociales y los valores sociales y morales de Occidente. El precio que estaban dispuestos a pagar era el nacionalismo como expresión ideológica y la destrucción de la democracia liberal como esquema político.

Siempre he creído que ésta es la versión que el marxismo-leninismo inventó para explicar su gran derrota europea de 1921 y su subsiguiente enclaustramiento frente a la avalancha nacionalista de esas fechas. Creo,

además, que cualquier generalización sobre este tema choca de frente con las realidades de cada país, donde la adaptación nacionalista adquirió formas muy diferentes.

Las burguesías europeas pudieron en algún momento aceptar al fascismo político, pero en ningún caso usarlo como estrategia, porque ellas perdían más de lo que ganaban. El fascismo, se le mire por donde se le mire, es una variante socialista y ninguno de sus líderes —ni siquiera sus ideólogos— abdicó jamás de esta posición. Si bien el fascismo europeo repudió los términos “derecha” e “izquierda”, es evidente que su praxi política fue de izquierda y es sobre esta vertiente que se propagó fuera de Europa. Las burguesías europeas, ni aun aterradas por el comunismo, estaban dispuestas a perder sus grandes conquistas del siglo XIX: la democracia liberal y la economía capitalista. Es posible que en la preservación de los grandes valores morales de Occidente coincidieran con el nacionalismo ideológico pero no con el político, puesto que para esas burguesías los valores de Occidente les eran privativos y no estaban dispuestas a permitir que los utilizaran los gobiernos autoritarios.

El nacionalismo europeo se hizo socialista, más que por imperativo doctrinario, por dar respuesta a las grandes angustias de la primera postguerra. No ser socialista en la Europa de 1919, con las abrumadoras cargas sociales y económicas de un continente despedazado, era simplemente ser barrido por el comunismo soviético o por la anarquía.

Las versiones, más o menos desleídas que el nacionalismo europeo inspiró en América, tanto del norte como del sur, respondieron estrictamente a este esquema. Sin excepciones los movimientos nacionalistas americanos fueron antidemocráticos y anticomunistas. Creyeron en una participación popular al margen de la concepción partidista y buscaron la justicia social sin necesidad de la lucha de clases. Algunos de ellos estuvieron marcados por la angustia agraria, como el sinarquismo mejicano; otros por la industrialización urbana, como el “travahlismo” brasileño; los más fueron simples anhelos de justicia social dentro de un ordenamiento político estricto, como los movimientos de Ecuador y Chile. Un aspecto interesante es la variante nacionalista inspirada en el ejemplo español, que llegó a América después de la guerra y cuando las experiencias alemana e italiana habían sido aplastadas por la derrota militar. Esta variante determinó planteamientos, aún vivos, en importantes sectores de la intelectualidad hispanoamericana, especialmente en Chile y en Colombia.

Sin embargo, en ninguna versión americana el nacionalismo adoptó una posición restringida o xenófoba. Más bien, todo lo contrario; esta es la época en que comienza a proclamarse la "Hispanidad". El sentido integrador y humanista del nacionalismo latinoamericano es tal vez su gran diferencia con el nacionalismo europeo, más urgido por acicates de orden internacional, productos de sus ambiciosos planes políticos.

El nacionalismo europeo debió operar el continente de cien razas y mil lenguas. El nacionalismo latinoamericano lo hizo en áreas homogeneizadas culturalmente por una envidiable secuencia de valores comunes. Allí existía un largo pasado de tradiciones ancestrales que obligaba a "negociar" las reformas con esquemas seculares. En América el terreno social era un campo semi virgen, apenas semillado por las librescas soluciones liberales del siglo XIX. En Europa el sistema participativo tenía una antigua experiencia. En América, había que inventarlo todo si se quería romper con las oligarquías sociales y económicas, únicos canales existentes.

Veamos ahora el caso africano.

El esquema nacionalista de Wilson, que en Europa tenía poco sentido, salvo que se mirara desde el punto de vista alemán, lo tenía mucho más en África, donde el concepto de nacionalidad era una identificación étnico-religiosa, terriblemente explosiva, porque estaba asentada en una organización tribal de tipo totémico, irreductible a una delimitación geográfica a la europea.

El nacionalismo africano se tradujo en violencia porque se manifestó en dos direcciones divergentes: el odio al blanco dominador y el odio al negro de otras tribus, con las que se había visto forzado a vivir por orden del blanco. Y es preciso añadir que este segundo rencor, en muchas ocasiones, fue mucho más violento que el primero.

La bipolaridad del ordenamiento mundial y aun las creaciones posteriores destinadas a neutralizar esta misma bipolaridad no han logrado, en la post-guerra de 1945, ni destruir ni minimizar al nacionalismo histórico. Existe hoy un importante proceso de adaptación de las ideologías nacionalistas al imperativo universal de la intercomunicación de los pueblos y al sentido unificador de la comunidad internacional. Pero la relación pueblo-suelo-Estado sigue vigente y se cometería un grave error en soslayarlo como elemento de impulso y gestión en cualquier esquema político contemporáneo, sea el nacional o el internacional.